

Cara de asco



PARECE UNA TONTERÍA

JUAN TALLÓN

El miércoles fue un día como cualquier otro, más o menos. Transcurrió bajo una normalidad tan minuciosa que se confundía perfectamente con un martes, la clase de día que, a última hora, acudes al dentista. Es lo que hice con mi hija, a la que acompañé a una revisión. Una revisión es un exceso de normalidad, tras el que se confirma que las cosas al final son un calco del principio. La odontopediatra, sin embargo, nos alertó de la necesidad de practicar lo antes posible la extracción de un par de piezas que deberían haberse caído por sí mismas, y que estaban provocando que las nuevas crecieran torcidas. De pronto, resultaba del todo imposible que el miércoles se confundiese con el martes. Era miercolísimo. Siguiendo instrucciones, nos dirigimos a admisión a pedir cita.

Helena no estaba en absoluto impresionada por la palabra «extracción». No iba a ser la primera vez. Hacía dos meses le habían retirado dos dientes de leche que entorpecían el desarrollo de los definitivos. El fantasma del dolor, que en aquel momento la había rondado, ahora se había esfumado por completo. Nada había que temer. Bromeamos sobre ello mientras una chica buscaba una fecha. Meneaba de vez en cuando la cabeza, gesto característico del escepticismo. Parecía no existir un resquicio en la cargada agenda de la odontopediatra. «Tenemos un hueco mañana a las seis y media. ¿Os va bien?», preguntó con el rostro iluminado. «Perfecto. Podemos. Genial», respondí rápidamente. Miré a Helena, que de repente tenía otro semblante.

«¿Mañana?», me preguntó con cara de asco. «Mañana es demasiado pronto, papá», añadió. No sabía cómo la entendía. Hay un tipo de planes, o compromisos, que uno sobrelleva porque se sitúan en un futuro no demasiado inmediato. No proyectan su sombra sobre las preocupaciones del ahora. De ellos esperas que se demoren, que tarden mucho en llegar. A mí me pasa: a menudo digo «Sí» a algunas propuestas porque se trata de charlas, conferencias, mesas redondas lo bastante alejadas en el tiempo – tres, cuatro meses – como para tener la sensación de que ese día no llegará nunca, y que no hay razón para angustiarse. Para el caso, no existe casi diferencia entre aceptar y rehusar la invitación.

Pero incomprensiblemente, ese día empieza a acercarse, a echarse el aliento en el cogote, se transforma en una atmósfera cargada, se asoma a tu pensamiento de vez en cuando, como un lejano rayo. Cuando restan un par de semanas aún te dices a ti mismo, es decir, te mientas, que falta bastante tiempo. Puedes pensar en otra cosa, participar de la ficción que a veces representa la esperanza. No estás tranquilo, pero no estás inquieto. Todo tiene solución. Pero entonces ya no quedan dos semanas, sino una, y tú te llevas las manos a la cabeza. No hay autoengaño que valga. El golpe de realidad te zarandea. Cómo el futuro acaba volviéndose una vulgaridad tan palpable, te lamentas. Ya no eres capaz de pensar en otra cosa. Qué broma pesada es este, qué chiste, qué traición. Qué asco. Sinceramente, preferirías que te arrancasen una muela. ■

Juan Tallón es escritor y periodista

Amabilidad, comprensión, optimismo

Hace unos días, cuando realizaba mi acostumbrado paseo matutino por las afueras del pueblo, me encontré con un pastor que sacaba las ovejas del redil. En ese momento asistí a un espectáculo de gran tensión, las ovejas que salían del aprisco en tromba y con una velocidad considerable fueron conducidas con gran maestría por varios perros que hicieron su labor de un modo tan elegante que quedé fascinado. Lo hablé con el pastor y me dijo que el trabajo de estos animales es impagable. A raíz de esta conversación salí a la palestra que un buen perro es una excelente compañía para cualquier persona. Es más, me llegó a decir que, según su experiencia, a veces recibe más afecto de estos animales que de los humanos. Total, que de los animales pasamos a hablar de las personas, y en nuestra conversación emergieron tres palabras muy necesarias en la sociedad de hoy, que fui rumiando el resto del camino: amabilidad, comprensión y optimismo.

Mi pertenencia a la Asociación Aragonesa de Psicopedagogía me ha supuesto un acercamiento hacia aquellas temáticas relativas a la Inteligencia Emocional, gracias a los interesantes congresos que sobre esta materia se vienen realizando en los últimos años. Por eso, mi reflexión acerca de estas tres palabras ha tenido para mí un eco mental cuya resignificación me ha llevado a conexasión estos términos con el corazón o el llamado mundo de los afectos y la inteligencia como ámbito de la razón.

La amabilidad es una acción intencional. Somos amables porque queremos serlo, sale de nuestro interior. Se nota cuando la amabilidad nace del corazón porque es sincera, abierta, sonriente y empática. Cuando una persona habitualmente se comporta con amabilidad con todos es porque su corazón está en paz consigo mismo y con los demás; en cambio, las personas que no son amables arrastran un desencuentro consigo mismas, no se quieren y ese conflicto personal lo reflejan en su relación con los

otros. En estos casos solemos decir que la persona está amargada, todo lo critica, todo lo ve mal, nada funciona bien, todo el mundo es odioso. Vivir la amabilidad conlleva de manera consciente la expresión de los afectos hacia el otro, sabiendo que esto le hace bien al prójimo y a uno mismo. Suele ocurrir que cuanto más amable se es, más grande se va haciendo el corazón, que tiene una capacidad ilimitada para amar.

La amabilidad está en sintonía con otro valor importante: la comprensión, que nace de la conjunción entre el amor y la razón. Quien cultiva la amabilidad es capaz de comprender al otro, y lo hace abrazando su situación personal, penetrando de manera inteligente en la profundidad de su ser y considerándole un igual en dignidad. Así, se acepta al otro por la persona que es, no porque sus ideas o conductas puedan ser contrarias a la propia. Con esta argumentación podríamos decir que la amabilidad y la comprensión son dos valores humanos intrínsecamente unidos. Esta conexión se produce gracias a la conjunción del corazón y de la mente.

Cuando el corazón está abierto a los afectos y la razón dispuesta a comprender, vemos el mundo con otra mirada. Por ello, el optimismo es propio de quienes practican la amabilidad y la comprensión; y el pesimismo crónico habita en las mentes y en los corazones cerrados.

Este paseo matutino en el que rumié las palabras amabilidad, comprensión y optimismo me llevó a la conclusión de que en la sociedad de hoy es preciso que el corazón y la mente de la gente esté con puertas y ventanas abiertas, dispuestos a respirar la fragancia de los afectos sinceros, la luz de la razón que nos permite comprender y el optimismo que nos abre la puerta a la esperanza. ■

Rafael Sánchez Sánchez es antropólogo y pedagogo social



EL ARTÍCULO DEL DÍA

RAFAEL SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Los muertos no elucubran, señor alcalde



LA COLUMNA
MATÍAS VALLÉS

La única aportación del alcalde de Palma al desentrañamiento de la tragedia del Medusa Beach Club ha consistido en prohibir las «elucubraciones» sobre lo ocurrido. Jaime Martínez no decretó un minuto de silencio, sino seis días de mutismo hasta la fecha. En este plazo que suma y sigue, las autoridades por lo visto incompetentes no han aportado ni un solo dato sobre lo ocurrido, concediendo un plazo generoso para la destrucción y fabricación de pruebas. Tampoco han sido convocados a explicarse los responsables de un edificio que ha hundido el prestigio internacional de Mallorca, llevándose por delante las vidas pertinentes, hasta el punto de que su mensaje autoexculpatorio por Instagram se queda a un paso de reclamar un premio a la diligencia.

Al censurar las «elucubraciones», Jaime Martínez no solo prohíbe a los familiares de los fallecidos que se pregunten por las causas de lo ocurrido. Se desentiende asimismo de los pal-

mesanos que se sienten lógicamente concernidos, por la nula vigilancia que el ayuntamiento lleva a cabo de los inmuebles amenazados de ruina.

Los muertos no elucubran, señor alcalde. Se está acusando sin las pruebas que ustedes ocultan, pero con cadáveres. Es notorio que cualquier juez

que investigue el monopolio de la Playa Palma tiene garantizados diez años de cárcel impuestos por sus colegas, también es de suponer que la investigación será llevada a cabo por los funcionarios policiales especializados en la protección de magnates y en la lectura de periódicos, con el desenlace previsible. Martínez, que es arquitecto con otros dos arquitectos en su primer grado familiar, acierta al propagar a la población el miedo a salirse de los raíles y a concluir por su cuenta que la cuádruple muerte exige la demanda de responsabilidades. La metáfora del minuto de silencio es que calladitos estáis más guapos, pero hay gente que no aprende. Por tanto, Cort debe ir un paso más allá de la denuncia de «elucubraciones» criminales, para culpar a las víctimas de haberse colocado irresponsablemente en peligro. ■

Matías Vallés es periodista